

EL PRIMER

ASIMOV



El presente volumen recoge las más importantes narraciones del comienzo de su carrera literaria, breves obras maestras que le dieron fama mundial.

Preceden a cada historia unas palabras del propio autor, en las que éste expone interesantes detalles biográficos, observaciones críticas acerca de los relatos, y la génesis de los mismos. Así, estas páginas contienen también una especie de «autobiografía literaria» de sus primeras experiencias como narrador.

Contiene las siguientes historias cortas:

Tendencias (Trends; 1939)

Un arma demasiado terrible para emplear (The weapon too dreadful to use; 1939).

La amenaza de Calixto (The Callistan menace; 1940).

Un anillo alrededor del sol (Ring around the Sun; 1940).

La magnífica posesión (The magnificent possession; 1940).

Mestizo (Half-Breed; 1940).

El sentido secreto (The secret sense; 1941).

Fraile negro de la llama (Black friar of the flame; 1942).

Navidad en Ganímedes (Christmas on Ganymede; 1942).

Mestizos en Venus (Half-Breeds on Venus; 1940).

Herencia (Heredity; 1941).

Historia (History; 1941).

Homo Sol (Homo sol; 1940).

Ritos legales (Legal Rites; 1950 - como James MacCreigh).

No definitivo! (Not Final!; 1941).

Super-Neutron (Super-neutron; 1941).

La novatada (The Hazing; 1942).

El numero imaginario (The Imaginary; 1942).

El hombrecillo del metro (The Little Man on the Subway; 1950).

Cronogato (Time Pussy; 1942).

¡Autor! ¡Autor! (Author! Author!; 1964).

Sentencia de muerte (Death Sentence; 1943).

Callejón sin salida (Blind Alley; 1945).

¡No hay relación! (No Connection; 1948).

Las propiedades endocrónicas de la tiotimolina re-sublimada (The Endochronic Properties of Resublimated Thiotimoline; 1948).

La carrera de la reina encarnada (The Red Queen's Race; 1949).

Madre Tierra (Mother Earth; 1949).

*En memoria de John W. Campbell Jr. (1910-71),
por razones que esta obra revelará ampliamente.*

INTRODUCCIÓN

Aunque he escrito más de ciento veinte libros, sobre casi todos los temas, desde astronomía a Shakespeare y desde matemáticas a sátira, se me conoce sobre todo como autor de ciencia-ficción.

Comencé escribiendo relatos de ciencia ficción, y durante los primeros once años de mi carrera literaria y sólo para publicaciones periódicas y por una retribución insignificante. En realidad, la idea de publicar libros completos nunca pasó por mi mente esencialmente modesta.

Pero llegó el tiempo en que empecé a escribir libros, y entonces me dispuse a reunir todo el material que antes había publicado en revistas. Entre 1950 y 1969 aparecieron diez colecciones (todas fueron publicadas por Doubleday). Contenían ochenta y cinco relatos (más cuatro obras cómicas en verso) originalmente destinados a revistas de ciencia ficción y ya publicados. Casi una cuarta parte de ellos provenía de esos primeros once años.

Estos libros son:

- *Yo, robot* (1950).
- *Fundación* (1951).
- *Fundación e imperio* (1952).
- *Segunda fundación* (1953).
- *La senda marciana y otros relatos* (1955).
- *Con la Tierra nos basta* (1957).
- *Nueve futuros* (1959).
- *El resto de los robots* (1964).
- *Misterios de Asimov* (1968).

- *Cae la noche y otros relatos* (1969).

Puede afirmarse que eso era suficiente, pero al hacerlo, uno omite el voraz apetito de mis lectores (¡benditos sean!). Constantemente recibo cartas pidiendo listas de mis antiguos relatos para que los solicitantes puedan acudir a las librerías de segunda mano en busca de revistas. Hay gente que prepara bibliografías de mi obra (no me pregunten por qué) y quiere conocer toda clase de detalles medio olvidados sobre ella. Incluso se enfadan cuando descubren que algunos de los primeros relatos no se vendieron y ya no existen. Al parecer, también los quieren, y posiblemente crean que he destruido con gran negligencia un recurso natural.

Así que cuando *Panther Books*, en Inglaterra, y *Double-day* me sugirieron que formara una compilación con aquellos de mis primeros relatos que no constaban en los diez libros detallados arriba, con la historia literaria de cada uno, no pude resistir más. Cualquiera que me conozca sabe lo sensible que soy a los halagos, y si ustedes creen que soy capaz de resistir esta clase de lisonjas más de medio segundo (como un cálculo aproximado), están completamente equivocados.

Por fortuna tengo un diario, que he llevado desde el día 1 de enero de 1938 (el día antes de mi decimoctavo cumpleaños); él me proporcionará fechas y detalles.

Empecé a escribir cuando era muy joven... a los once años, me parece. Las razones son oscuras. Podría decir que fue el resultado de un impulso irracional, pero eso no haría más que indicar que no se me ocurría ninguna razón.

Quizá se debió a que era un lector ávido en una familia demasiado pobre para comprar libros, incluso los más baratos, y además, una familia que consideraba estos libros como lectura inconveniente. Tuve que acudir a la biblioteca

(mi primera tarjeta de lector la obtuvo mi padre cuando yo tenía seis años) y contentarme con dos libros por semana.

Pero eso no era suficiente, y mí ansia me condujo a los extremos. Al principio de cada período escolar, leía impacientemente todos los libros de texto que me daban, yendo de cubierta a cubierta como una conflagración personificada. Como estaba dotado de una prodigiosa memoria y una instantánea recordación, ése era todo el estudio que hacía durante aquel curso, pero lo terminaba antes de que finalizara la semana, y entonces ¿que?

Así que; cuando cumplí once años, se me ocurrió que si escribía mis propios libros, podría releerlos cuando quisiera. Naturalmente, no llegué a escribir un libro completo. Empezaba uno y lo llenaba de divagaciones hasta que me cansaba y empezaba otro. Todos estos primeros escritos se han perdido, aunque recuerdo algunos detalles con toda claridad.

En la primavera de 1934 me matriculé en un curso especial de inglés que tenía lugar en mi escuela superior (escuela superior de muchachos de Brooklyn) y daba especial importancia a la composición. El profesor también era asesor de la revista literaria semestral realizada por los estudiantes, y tenía la intención de reunir material. Seguí el curso.

Fue una experiencia humillante. En aquel tiempo tenía catorce años, y bastante verdes e inocentes. Escribí insignificancias, mientras que el resto de la clase (que debía tener dieciséis años) escribió complicadas obras trágicas. Ninguno de ellos mantuvo en secreto su desprecio hacia mí, y aunque yo lo sentí mucho, no pude hacer nada.

Hubo un momento en que creí haberlos vencido, cuando uno de mis productos fue aceptado para la revista literaria semestral mientras que muchos de los suyos fueron rechazados. Por desgracia, el profesor me dijo, con despiadada insensibilidad, que el mío era el único tema humorístico de todos los presentados y que, como necesitaba una obra que no fuera trágica, se veía obligado a tomarla.

Se llamaba *Hermanitos*, trataba de la llegada al mundo de mi propio hermano pequeño cinco años antes, y fue mi primera obra publicada. Supongo que puede encontrarse en los registros de la escuela superior de muchachos, pero yo no la tengo.

A veces me pregunto qué debe haberles ocurrido todos esos grandes trágicos de la clase. No recuerdo ni un solo nombre y no tengo la intención de averiguarlo... pero a veces me lo pregunto.

Hasta el 29 de mayo de 1937 (según una fecha que apunté... aunque fue antes de que empezara mi diario, así que no lo afirmaré bajo juramento), no se me ocurrió la vaga idea de escribir algo para una publicación profesional; ¡algo por lo que me pagaran! Naturalmente tenía que ser un relato de ciencia-ficción, pues yo había sido un ávido aficionado a este género desde 1929 y no reconocía que ninguna otra forma de literatura fuera digna de mis esfuerzos.

El relato que empecé a componer para tal propósito, el primero que escribí con vistas a convertirme en «escritor», se titulaba *Tirabuzón cósmico*.

En él presentaba el tiempo como una hélice (es decir, algo parecido a un bastidor de muelles). Uno podía ir directamente de una vuelta a la siguiente, o sea, introducirse en el futuro por un intervalo de tiempo determinado, pero sin poder acortar la estancia ni un solo día. Mi protagonista hizo el viaje a través del tiempo y encontró la Tierra desierta. Toda vida animal había desaparecido; sin embargo, todo indicaba que ésta había existido hasta hacía poco... y ninguna indicación sobre lo que había producido la desaparición. Estaba escrito en primera persona desde un asilo de lunáticos, porque el narrador, naturalmente, había sido internado en un manicomio cuando regresó e intentó contar su historia.

Sólo escribí unas cuantas páginas en 1937, y después dejó de interesarme. El mero hecho de pensar en publicar-

lo debió paralizarme. Mientras mis escritos estuvieron destinados sólo para mí, pude ser lo bastante despreocupado. La idea de otros posibles lectores caía pesadamente sobre cada palabra que escribía. Así que lo abandoné.

Después, en mayo de 1938, la revista más importante en la especialidad, *Astounding Science Fiction*, cambió su fecha de publicación del tercer miércoles del mes al cuarto viernes. Cuando el ejemplar de junio no llegó el día que acostumbraba, me sumé en un gran decaimiento.

El 17 de mayo no pude aguantar más y tomé el Metro hasta el 79 de la Séptima Avenida, donde se encontraba la editorial Street & Smith Publications, Inc. Allí, un funcionario de la firma me informó sobre el cambio de fechas, y el 19 de mayo llegó el ejemplar de junio.

El inminente golpe del destino, y el estático alivio que siguió, reactivaron mi deseo de escribir y publicar. Volví a *Tirabuzón cósmico* y el 19 de junio estaba acabado.

La siguiente cuestión era qué hacer con él. Yo no tenía ni la más mínima idea de lo que debía hacerse con un manuscrito destinado a ser publicado, y las personas que yo conocía, tampoco. Lo comenté con mi padre, cuyo conocimiento del mundo no era mucho mayor que el mío, y él tampoco tenía ni idea.

Pero entonces recordé que, el mes anterior, había ido al 79 de la Séptima Avenida únicamente para informarme sobre la no aparición de *Astounding*. No me había fulminado ningún rayo por hacerlo. ¿Por qué no repetir el viaje y entregar el manuscrito en persona?

La idea me aterraba. Y más aún cuando mi padre sugirió que eran necesarios ciertos preliminares como un afeitado y mi mejor traje. Eso significaba que tendría que tomar un tiempo adicional, y el día ya estaba muy avanzado y yo debía estar de vuelta a tiempo para el reparto del periódico vespertino. (Mi padre tenía una pastelería y un puesto de periódicos, y en aquellos días la vida era muy complicada para un escritor creativo de inclinaciones artísticas y sensi-

ble como yo. Por ejemplo, vivíamos en un apartamento que tenía todas las habitaciones en línea y la única forma de ir del salón al dormitorio de mis padres, o de mi hermana, o de mi hermano, era a través de mi dormitorio. Así pues, mi dormitorio era muy frecuentado, y el hecho de que yo pudiera hallarme en pleno esfuerzo creativo no significaba nada para nadie).

Me avine a ello. Me afeité, pero no me molesté en cambiarme de traje, y salí. Era el 21 de junio de 1938.

Estaba convencido de que, por osar pedir una entrevista con el director de *Astounding Science Fiction*, me echarían del edificio, y que mi manuscrito sería roto en pedazos y lanzado tras de mí en una lluvia de confeti. Sin embargo, mi padre (que poseía elevadas teorías) estaba convencido de que un escritor —término en el que incluía a cualquiera con un manuscrito— sería tratado con el respeto debido a un intelectual. Él no abrigaba ningún temor..., pero el que tenía que entrar en el edificio era yo.

Tratando de ocultar el pánico, pedí ver al director. La muchacha que había detrás del mostrador (ahora puedo ver la escena con los ojos de la mente tal como pasó) habló brevemente por teléfono y dijo: «El señor Campbell le recibirá».

Me guió a través de una gran estancia parecida a un desván, llena de inmensos rollos de papel y enormes pilas de revistas impregnadas del celestial olor a imprenta (un olor que siempre me recordará mi juventud con doliente detalle y me reducirá a lágrimas de nostalgia). Y allí, en una pequeña habitación que había al otro lado, estaba el señor Campbell.

John Wood Campbell, Jr., hacía un año que trabajaba en Street & Smith y sólo un par de meses que había asumido la total dirección de *Astounding Stories* (que rápidamente volvió a bautizar como *Astounding Science Fiction*). Entonces sólo contaba veintiocho años de edad. Bajo su propio nombre y bajo su seudónimo, Don A. Stuart, era

uno de los autores de ciencia ficción más famosos y altamente considerados, pero se hallaba a punto de enterrar su fama de escritor para siempre bajo el renombre mucho mayor que alcanzaría como editor.

Continuaría como editor de *Astounding Science Fiction* y su sucesora, *Analog Science Fact-Science Fiction*, durante un tercio de siglo. A lo largo de todo ese tiempo, él y yo íbamos a convertirnos en amigos, pero a pesar de ir creciendo hasta llegar a ser una estrella venerada y famosa de nuestra mutua especialidad, nunca me acerqué a él más que con el temor reverente que me inspiró en nuestro primer encuentro.

Era un hombre grande, obstinado, que fumaba y hablaba sin cesar, y al que gustaba, por encima de todo, inventar ideas extravagantes, que lanzaba a la cara de su interlocutor y te impedía refutarlas. Era difícil contradecir a Campbell incluso cuando sus ideas resultaban completa y locamente ilógicas.

En aquel primer encuentro hablamos durante más de una hora. Me enseñó próximos números de la revista (verdaderos ejemplares futuros con carne de celulosa). Descubrí que había incluido una entusiasta carta mía en la edición próxima a publicarse, y otra en la siguiente... así que conocía la autenticidad de mi interés.

Me habló de sí mismo, de su seudónimo y de sus opiniones. Me dijo que su padre había enviado uno de sus manuscritos a *Amazing Stories* cuando él tenía diecisiete años y que hubiera sido publicado, pero la revista lo extravió y él no tenía ninguna copia. (En esto yo le llevaba ventaja. Había llevado el relato yo mismo y tenía una copia). Me prometió leer mi historia aquella noche y enviarme una carta, fuera de aceptación o rechazo, al día siguiente. También me prometió que, en caso de rechazo, me diría lo que estaba mal y así podría mejorar.

Cumplió todas sus promesas. Dos días más tarde, el 23 de junio, recibí noticias suyas. Era un rechazo. (Ya que este

libro trata de hechos reales y no es una fantasía..., no pueden ustedes sorprenderse de que mi primer relato fuera instantáneamente rechazado).

Esto es lo que escribí en mi diario sobre el rechazo:

«A las 9,30 me han remitido *Tirabuzón cósmico* con una amable carta de rechazo. No le gustó el principio lento, el suicidio al final».

A Campbell tampoco le gustó la narración en primera persona ni el rígido diálogo, y después señalaba que la longitud (nueve mil palabras) era inconveniente... demasiado largo para una historia corta, demasiado corto para una novela. Las revistas tenían que ordenarse como rompecabezas y algunas longitudes para relatos eran más convenientes que otras.

Sin embargo, para entonces yo había salido y corría. La alegría de haber pasado más de una hora con John Campbell, la emoción de hablar cara a cara y en términos iguales con un ídolo, ya me había llenado con la ambición de escribir otro relato de ciencia-ficción, mejor que el primero, para presentárselo de nuevo. La agradable carta de rechazo, dos páginas enteras, en la que discutía mi relato seriamente, sin trazas de paternalismo o desdén, reforzó mi alegría. Antes de que el 23 de junio tocara a su fin, ya había escrito la mitad del primer borrador de otro relato.

Muchos años después pregunté a Campbell (con el cual, por entonces, sostenía las más estrechas relaciones) por qué se había molestado por mí, puesto que seguramente aquel relato era por completo impublicable.

«Lo era —dijo con franqueza, ya que nunca adulaba—. Por otra parte, vi algo en ti. Eras impaciente y escuchabas y yo sabía que no renunciarías a pesar de cuantos rechazos te impusiera. Mientras tú quisieras trabajar de firme para mejorar, yo deseaba trabajar contigo».

Ése era John. Yo no era el único escritor, fuera novel o consagrado, con el que trabajaría de esta forma. Pacientemente, y a costa de su enorme vitalidad y talento, constru-

yó un grupo que incluía a los mejores escritores de ciencia ficción que el mundo nunca había visto.

Lo que ocurrió con *Tirabuzón cósmico* después de esto, no lo sé. Lo abandoné y no volví a ofrecerlo en ningún otro sitio. Ni siquiera lo rompí y tiré; simplemente languideció en el cajón de algún escritorio hasta que un día perdí su pista. En cualquier caso, ya no existe.

Esta parece ser una de las principales causas de aflicción entre los archivistas —creen que el primer relato que escribí para publicar, por malo que pudiera ser, era un documento importante—. Todo lo que puedo decir, muchachos, es que lo siento, pero en 1938 yo no podía imaginarme que mi primera tentativa tendría algún día interés histórico. Es posible que sea un monstruo de vanidad y arrogancia, pero no hasta tal extremo.

Además, antes de que finalizara el mes yo había terminado mi segundo relato, *Polizón*, y estaba concentrado en él. El 18 de julio de 1938 lo llevé a la oficina de Campbell, que tardó poco en devolvérmelo, pues el rechazo llegó el 22 de julio. Sobre la carta que lo acompañaba escribí en mi diario:

«... Era el rechazo más amable que se pueda imaginar. En efecto, algo casi tan bueno como una aceptación. Me decía que la idea era buena y la trama pasable. El diálogo y el desarrollo, continuaba, no eran ni rígidos ni afectados (esto constituyó una deliciosa sorpresa para mí) y no había ninguna falta particular a excepción de un aire general de amateurismo, forzamiento y compulsión. El relato no transcurría suavemente. Esto, decía, lo eliminaría en cuanto tuviera experiencia suficiente. Me aseguraba que probablemente llegaría a vender mis historias, pero que eso quizá requeriría un año de trabajo y una docena de relatos antes de tener éxito...»

No es de extrañar que tal «carta de rechazo» me produjera un enorme entusiasmo por escribir, y me puse rápida-

mente a trabajar en un tercer relato.

Lo que es más, me sentí lo bastante animado como para presentar *Polizón* en otro lugar. En aquellos días había tres revistas de ciencia-ficción en los quioscos. *Astounding* era la aristócrata del grupo, una publicación mensual de cantos suaves y cierta apariencia de clase. Las otras dos, *Amazing Stories* y *Thrilling Wonder Stories*, tenían un aspecto algo más primitivo y editaban relatos con más acción y tramas menos complicadas. Envié *Polizón* a *Thrilling Wonder Stories*, que, sin embargo, también lo rechazó rápidamente el 9 de agosto de 1938 (con una carta convencional).

Sin embargo, para entonces yo ya estaba muy ocupado con mi tercer relato, el cual, tal como ocurrió, debía ser mejor... No obstante, en este libro incluyo mis relatos no en orden de publicación sino en el orden que fueron escritos—lo que considero más significativo desde el punto de vista del desarrollo literario—. Así pues continuemos con *Polizón*.

En el verano de 1939, época en que ya había obtenido mis primeros éxitos, volví a dedicarme a *Polizón*, lo retoqué un poco, y lo envié de nuevo a *Thrilling Wonder Stories*. Indudablemente yo sospechaba que el nuevo lustre de mi nombre les impulsaría a leer con una actitud diferente a cuando yo era un desconocido. Estaba completamente equivocado. Volvieron a rechazarlo.

Entonces lo envié a *Amazing*, y fue rechazado de nuevo.

Eso significaba que el relato no servía, o lo hubiera significado a no ser por el hecho de que la ciencia ficción entró en una época de auge al finalizar los años 30. Se fundaron nuevas revistas, y a el término de 1939 se preparó la publicación de una que se llamaría *Astonishing Stories*, y cuyo precio de venta sería de diez centavos. (*Astounding* costaba veinte centavos el ejemplar).

La nueva revista, junto con una gemela, *Super Science Stories*, sería editada con escasos recursos por un joven aficionado a la ciencia ficción, Frederik Pohl, que entonces

aún no había cumplido los treinta años (era aproximadamente un mes mayor que yo), y que, de esta forma, hizo su entrada en lo que iba a ser una notable carrera profesional en el campo de la ciencia ficción.

Pohl era un joven delgado, de voz suave, cabello que ya empezaba a escasear, rostro solemne, y unos grandes dientes superiores que le daban cierto aspecto de conejo al sonreír. Los factores económicos de su vida no le permitieron asistir a la Universidad, pero era mucho más inteligente (y sabía más) que la mayoría de graduados universitarios que he conocido.

Pohl era amigo mío (y todavía lo es), y quizá fue el que hizo más para darme a iniciar mi carrera literaria excepto, naturalmente, el mismo Campbell. Habíamos asistido juntos a reuniones de un club de aficionados. Había leído mis manuscritos y los había alabado... y ahora necesitaba relatos con urgencia, y a bajo precio, para sus nuevas revistas.

Solicitó volver a leer mis manuscritos. Empezó escogiendo uno de mis relatos para su primer ejemplar. El 17 de noviembre de 1939, casi un año y medio después de que *Poli-zón* fuera escrito por primera vez, Pohl seleccionó para incluirlo en el segundo ejemplar de *Astonishing*. Sin embargo, solía variar los títulos y mi relato se llamó *La amenaza de Calixto*, y como tal fue publicado.

Así que éste es el segundo relato que he escrito en mi vida y el primero que se publicó en una revista profesional. El lector puede juzgar por sí mismo si la crítica de Campbell, facilitada antes, era excesivamente benévola o si estuvo acertado al predecirme una carrera de escritor profesional sobre la base de esta historia.

La amenaza de Calixto aparece aquí (como todos los relatos de este volumen) tal como apareció en la revista, sólo con la revisión y arreglo requeridos para corregir errores tipográficos.

Isaac Asimov